

DAIMÓN DE ABEL POSSE: LA FIGURA INVERTIDA DEL HÉROE

Rossana Nofal

Universidad Nacional de Tucumán

*Daimón*¹ de Abel Posse (1978) busca una relectura de la cultura de América. El autor vuelve al momento inicial de la Conquista y la historia se despliega en capítulos cuyo título y significado se deriva de las cartas del Tarot. La clave del proceso se convierte en una revelación de las ciencias ocultas, la historia profana se mezcla con el espacio de lo sagrado y los hechos aparecen como una serie de cartas tiradas al azar. El escritor es quien maneja la baraja, y es quien conoce el inquietante significado de cada una de las figuras de los naipes, sin entregarlo totalmente.

El texto se inaugura con la inversión de los conceptos de civilización y barbarie. El europeo aparece caracterizado por una incapacidad para entender el orden de las cosas. Colón ha llegado a las Indias y desde ese momento se comienza a construir la idea del descubrimiento; el pensamiento occidental inventa el nombre de América para esta zona de la geografía terrestre². El elemento contradictorio se inscribe en los epígrafes de *Daimón*. El primero, referido a la “civilización y al fetichismo de la escritura, es una cita de la *Carta VII* a los Reyes, escrita por Cristóbal Colón.

“Cuando llegué aquí me enviaron dos muchachas muy ataviadas; la más vieja no sería de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no la tendrían más unas putas” (*Daimón*, p. 10).

Frente a la idea de un continente vacío, el almirante mira la posibilidad de formular un proyecto civilizador. El problema de la mirada, el punto de partida para desconocer e ignorar el mundo de lo “otro”, es el motivo inaugural del relato. Los españoles construyen la representación falsa del descubrimiento de una tierra sin nombre y sin ley, habitada por seres en estado de naturaleza.

La actitud de Colón respecto a los indios se relaciona con la manera que tiene de percibirlos. Tzvetan Todorov³ señala dos actitudes posibles en la relación del almirante con la lengua del otro. Puede pensar en los indios como seres humanos a los que ve iguales e idénticos a él, y esta conducta desemboca en la asimilación del mundo del otro a lo propio y en la proyección de los propios valores a los demás. O puede partir de la diferencia entre los indios y él; esta actitud se traduce inmediatamente en términos de inferioridad y superioridad.

¹Las citas corresponden a la edición de Buenos Aires: Emecé, 1989.

²En este punto es importante ver el desarrollo de la idea del descubrimiento de América que hace Edmundo O’Gorman en: *La invención de América*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

³Ver *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1992, p. 51.

Lo inferior sirve para caracterizar el mundo indígena; se niega la existencia de una sustancia humana realmente otra que pueda no ser simplemente un estado imperfecto de lo mismo. Estas dos posibilidades de la experiencia de la alteridad en Colón se relacionan con el egocentrismo de quien identifica los valores propios con los valores en general, el yo individual con el universo, con la convicción de que el mundo es uno y unívoco. Lo múltiple se anula en las palabras del almirante que anticipan la violencia usurpadora y sexual desatada por el proceso de la colonización posterior.

El segundo epígrafe del libro, referido a la “barbarie y a los cantos de la oralidad, que los europeos extirparán del continente “nuevo”, cita los versos de Nezahualcoyotl, y con ellos la visión de los vencidos. La voz es el testimonio de la destrucción de formas de vida y concepciones del mundo. En el mundo indígena, con un presente angustioso y un más allá lleno de incertidumbre; el poeta afirma la realidad de la belleza. Nezahualcoyotl esboza una esperanza de supervivencia en la memoria de los hombres por el recuerdo de sus cantos. La resistencia se lee desde la persistencia de la voz⁴.

“¡Ojalá nunca muera!, ¡Ojalá nunca yo perezca!
Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa allá voy
¡Ojalá nunca muera!, ¡Ojalá nunca yo perezca!” (*Daimón*, p. 10)

Desde la zona de la barbarie Posse traza una continuidad con la idea de la no muerte. Sobrevivir, recrearse en otras formas, será una continuidad en la construcción del personaje de Lope de Aguirre, que en la *Carta al rey Felipe II*, dice “Y caminando nuestra derrota, pasando todas esas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca del y hasta la mar, más de diez meses y medio”⁵.

Durante el momento inicial de la Conquista, reconstruido por Posse en su novela, el orden del mundo americano ha sido sustituido por el caos del terror. La armonía ha sido reemplazada por el conflicto y la unidad por la división. En el discurso del héroe de la Conquista, el cortejo triunfal lleva consigo el botín americano; Aguirre, por el contrario, sólo lleva la muerte. La descripción de la aventura, como documento de cultura, es, a la vez, un documento de la barbarie. Me interesa señalar en la tensión entre la civilización y la barbarie que el texto explicita. Posse intenta, a partir de una inversión paródica de esta dicotomía, explicar la violencia fundacional de la conquista del continente.

“El juicio de los muertos” o Arcano XX, corresponde al primer capítulo de la novela y marca el comienzo de otra vida para Lope de Aguirre, el peregrino. Posse se sustrae de la historia e inaugura el relato con la aparición de un ejército de fantasmas. El caudillo, acompañado por sus marañones, por los verdugos y por sus víctimas, reinician su jornada desde la tumba, desde la pesadez de la lápida, “como paridos de vuelta y con igual asombro”⁶.

Aguirre rompe la armonía natural ahogándola en sangre; es el personaje significativo del genocidio donde el “bárbaro” no es el indígena, presunto “salvaje”, sino su exterminador. Posse retoma esta rebelión de Lope de Aguirre y sus marañones contra el rey Felipe II para proponerla como paradigma de la fundación de “el primer territorio libre de América”.

⁴Ver, José Luis Martínez, *Nezahualcoyotl, vida y obra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁵En: Blas Matamoros, Madrid: Quorum, 1987.

⁶Posse, *op. cit.*, p. 13.

El “historiador-escritor” adopta el oficio del cronista y convierte los hechos en relato; altera la ordenación cronológica de los acontecimientos y construye una trama que focaliza la figura del conquistador dentro de un tiempo mítico. Aguirre “siguió viviendo en el Eterno Retorno de la mismo, que es una espiral espacio temporal”⁷. En la novela todo recomienza por su principio y a cada instante; el pasado no es sino la prefiguración del futuro. En el mundo narrativo ningún acontecimiento es irreversible y ninguna transformación es definitiva.

Como historiador de la ficción, Posse inicia el camino de la escritura desde la empatía con el vencido. La conducta de los “blanquiñosos” es interpretada desde la percepción indígena del mundo. La novela se transforma en un contradiscurso que se opone a la versión de los vencedores. Articular históricamente el pasado no significa reconstruir los hechos como verdaderamente ocurrieron. En la obra de Posse, la escritura de la historia se relaciona con la idea de adueñarse de un recuerdo del mundo primigenio, anterior al instante de la invasión.

El escritor trabaja a partir de un desafío: testimoniar la trayectoria de Lope de Aguirre en el mundo de los muertos. La travesía del héroe es interior, tiene lugar en las profundidades donde la rebelión vence oscuras resistencias, donde reviven las fuerzas olvidadas y perdidas durante largo tiempo que se preparan para la transformación de América Latina. Lope inicia su aventura en un ciclo cósmico recién establecido y cruza el umbral de la muerte.

“América. Todo es ansia, jugo, sangre, savia, jadeo, sístole y diástole, alimento y estiércol, en el implacable ciclo de leyes cósmicas que parecen recién establecidas. A los sacrificios y carnicerías sigue el jadeo rítmico de los acoplamientos. Partos, asesinatos, extinciones, cataclismos. Las quietas flores humedecidas de rocío se entreabren durante la noche para parir la semilla de la araucaria gigantesca” (*Daimón*, p. 11)

Todo está invertido, el héroe del monomito definido por Joseph Campbell⁸ comienza su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; luego regresa a la vida para vivirla con más sentido. Lope de Aguirre, en la novela, inicia su aventura desde el mundo de la muerte y regresa a él; toda su trayectoria tiene lugar en un mundo inferior.

“Timidones, todavía con pesadez de lápida. Como paridos de vuelta y con igual asombro. Escuchaban la voz de Aguirre en su monólogo. (...) Apenas se veían. Estaban entrando desde la sustancia a la forma, como explicó susurrando el Cura, que no había depuesto su primario tomismo. Aunque no eran necesarias las palabras, Aguirre teorizó (sin mucha energía porque los tenía convencidos). “¿Qué era la tumba?: ocio con frescura. Al principio la alegría de morir, el placer de liberarse del cuerpo como una bolsa de papas que se arrastró desde Oñate hasta Vitoria” (*Daimón* p. 14)

La sublevación de Lope de Aguirre y sus Maraños aparece narrada en una gran cantidad de documentos. Existen por lo menos diez relaciones escritas por testigos presenciales que se vieron implicados de una forma u otra en los acontecimientos de la expedición. A éstas hay que añadir declaraciones e informaciones presentadas por los distintos miembros de la expedición o por testigos presenciales de los sucesos de

⁷Ver: Posse, *op. cit.*, palabras iniciales.

⁸*El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura, 1984.

la isla Margarita y de tierra firme ante diversas autoridades legales. Se conservan además numerosas cartas escritas por las autoridades locales, que hacen referencia a los mismos hechos, y también las tres cartas de Lope de Aguirre: una dirigida al padre Montesinos, otra al gobernador Collados y la tercera al rey Felipe II.

En torno a este controvertido personaje de la historia de América, existen, como lo afirma Beatriz Pastor, al menos dos corrientes interpretativas acerca de sus actos.

“La primera iniciada por D. Segundo Izpizúa, constituye un esfuerzo por reivindicar la problemática figura del caudillo de los marañones que aparece en ella transformado en hombre admirable y glorioso predecesor de la Independencia americana. La segunda, más cerca a las versiones oficiales de su época, lo caracterizan como un hombre terrible, sanguinario y cruel”⁹.

La construcción de Posse se acerca a la segunda versión enumerada por Pastor, aunque sigue de cerca la idea de la figura demoníaca planteada en el texto de Francisco Vásquez en la Relación de la *Jornada de Omagua y Dorado*¹⁰. Ante la falta de reconocimiento de sus derechos por parte del Rey, el “mínimo vasallo” no encuentra otro camino que la rebelión contra el poder de la Corona. Al desnaturalizarse de España, Aguirre se convierte en la reencarnación del cruzado. Su historia se inscribe como contrapartida al discurso legal que define al rebelde como traidor al orden natural y lo castiga a morir y a ser borrado de la historia.

Aguirre pronuncia su nombre desde el abismo, en las alturas de Machu Picchu cae desde “lo abierto”. Está condenado a repetirse, a peregrinar eternamente por los mismo caminos. Se vuelve espectador de una realidad cambiante y cada vez más incomprensible a sus ojos de “cristiano viejo”. La escritura de Posse es la de un relato de creación que narra la génesis del fantasma.

“Pero la tentación había sido grande. Demonio del desafiar. O sea el lujo de la rebeldía. El Demonio le había mostrado que era el único camino para descolgar el paraíso sobre la tierra. ¡El cuerpo! ¡El cuerpo y el ahora!” (*Daimón*, p. 31)

Machu Picchu se convierte en el centro del mundo narrativo, es la zona de lo sagrado, “de la realidad absoluta”¹¹. El camino que lleva al centro es arduo y difícil, está lleno de peligros, porque, de hecho, es un rito del paso de lo sagrado a lo profano, de lo efímero e ilusorio a la realidad. El acceso a este espacio equivale a una iniciación al rito de ser americano. Machu Picchu representa la unidad cósmica, el Universo, el Tawantisuyu, el incario. Une la tierra y el cielo, el cuerpo y el espíritu. La noche y el día. La geografía de centro americano trama la alianza de los muertos con los vivos.

LO ABIERTO. Aguirre fue llegando sin darse cuenta. Paso a paso, de la mano de una maravillosa fuerza de voluntad que reblandecía todos sus propósitos. Ese firme triunfo de la voluntariedad demostraba que su blanquiñoso prurito del hacer estaba quebrado en su base. Su sudamericanidad era ya casi completa. (*Daimón*, p. 213)

Posse construye una idea de la historia distinta para medir el tiempo; la regla es el estado de excepción; hacia el final de la novela, cuando Lope cae en “lo Abierto”, se deshistoriza, existe sólo en el mito. Caer desde lo *alto* constituye un conocimiento

⁹Discurso narrativo de la conquista, La Habana: Casa de las Américas, 1983, p. 428.

¹⁰Buenos Aires: Austral, 1954.

¹¹Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires: Emecé, 1952, p. 29.

secreto. Durante esa caída Lope logra adquirir un poder mágico, puede flotar en un tiempo absoluto sin planes prefijados. En este proceso se arruina un poco, pero logra habitar en *lo profundo* como se lo advierte el amauta Guamán.

Las figuras femeninas aparecen siempre rodeadas de sangre. Inés, Elvira, La Mora y Sor Ángela acompañan a Lope en su peregrinar. Doña Inés de Atienza es la doble viuda de Pedro de Orsúa y de Lorenzo Salduendo. Los dos hombres fueron muertos por Lope de Aguirre en nombre del amor. Elvira, es la hija de Lope, y aparece representada como una mujer con ropas transparentes, “una niña boba” con una relación incestuosa con su padre. Ambas mujeres son mestizas, pero Inés pertenece a una clase alta, heredera de la unión de las princesas indígenas con los conquistadores; Elvira es hija de una misteriosa mujer; Aguirre siempre piensa que su paternidad no es plena. El amor enfermizo de su padre la conduce a la muerte.

La Mora y la “monja niña” Sor Ángela, son las amantes que deliran de deseo esperando la llegada del viejo.

“La Mora con sus pechos duros, tostados por el sol. Ojos como brasas, de monja en celo. Entra en el prostíbulo de Córdoba, cerca de la judería. (...) También Sor Ángela. Ella tenía 12 años cuando su tío el chanchero le había dicho: “Prepárate porque mañana salimos pal convento de Guadalupe” (...) Las dos eran ya, con el tiempo, una sola, habitaban la calle del deseo en silencio, sin invadirse mutuamente. Protagonistas de la fantásica poligamia del Solitario” (*Daimón*, p. 32).

Ternura y lujuria rodea a los personajes femeninos, todos mestizos, con sensación de extranjería. Todas acompañan a Lope de Aguirre en su peregrinar, aunque ninguna puede engendrar un hijo. El emblema de lo masculino aparece invertido y paralizado ante la belleza de la mirada de las mujeres. Sor Ángela lo acompaña en la entrada a Machu Picchu, el centro del mundo, La Mora lo sigue hasta el momento final de la muerte.

El relato inscribe la rebelión y la subversión; la escritura del yo va más allá de la parodia de una palabra ajena a la del autor. Todo en el texto de Posse tiene las marcas de un objeto invertido. El mundo se mira desde el infierno; el relato que provee una interpretación alegórica de la trama y que abre el texto a sucesivas reescrituras es el *Sermón de los Abismos*.

“El demonio le había mostrado que era el único camino para descolgar el Paraíso sobre la Tierra. ¡El cuerpo! ¡El cuerpo y el ahora! Y postergar definitivamente el alma como esa tía metida que se dedica al bordado y a la roñosa virtud de los viejos y los enfermos. El que quiera seguirme, que me siga. Estaba también escrito en el Sermón de los Abismos” (*Daimón*, p. 31)

La polémica interna se construye a partir del silenciamiento del relato subyacente y oculto en la novela de Posse: el *Sermón de la Montaña*. La imagen de la inversión se repite en el conjuro demoníaco de Aguirre. El *Sermón*¹² es un resumen de la prédica de Jesús, conocida también como la promulgación de la Ley Nueva de la Salvación. Las bienaventuranzas señalan las condiciones necesarias que deben tener los discípulos del Evangelio para entrar en el Reino de Dios. Si en la Biblia se escribe “bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra”, en el texto demoníaco citado por Posse, se celebra la rebelión como medio para alcanzar la felicidad terrenal.

¹²Ver San Mateo 5, 1-16. en: Nácar-Colunga, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1964, p. 995.

“Todo lo bueno había venido del Demonio (en la tumba había meditado largo sobre esto): haber levantado el imperio Marañón, el primer territorio libre de América, en contra de Felipe II y su solemne dios de curas asesinos (¡digan lo que digan los cronistas, escribanos y escribientes! Al menos era alguien: ¡eso!: el demonio hace existir)” (*Daimón*, p. 31)

Lope de Aguirre se rebela contra el Rey, y contra la institución de la monarquía española. Es el demonio americano que guarda para sí el lujo de la rebeldía. El cristiano viejo levanta su voz contra su Rey y contra su Señor; desde ese momento tiene que repetir todos los crímenes sin dar ni pedir perdón. Los designios de lo oculto mueven la sublevación contra el orden político, ideológico y social que preside y encarna simbólicamente la figura del Rey.

“El 12 de octubre de 1492 fue descubierta Europa y los europeos por los animales y hombres de los reinos selváticos. Desde entonces fueron de desilusión en pena ante el paso de estos seres blanquiñosos, más fuertes por astucia que por don. Se los veía como una angustiada pero peligrosa congregación de expulsados del Paraíso, de la Unidad primordial de la que ningún hombre o animal tiene por qué alejarse” (*Daimón*, p. 28)

Expulsados del paraíso, los españoles están condenados por la barbarie. En la extensa geografía americana, los conquistadores cometen los crímenes más aberrantes. Desconocen al “otro”, al que ocupa el suelo; matan al dueño de las tierras infinitas. La sangre indígena comienza a correr cuando se declara la guerra en Cajamarca. Atahualpa no escucha lo que el libro “dice”, las letras mudas guardan los sonidos de las palabras divinas. El conquistador lee desde su mundo el ultraje del Libro Sagrado, de la ley, y de la escritura; por consiguiente la Guerra Santa se legitima, se vuelve justa. En este sitio se funda la imposibilidad de un diálogo entre indios y españoles¹³. Se trata de la victoria de una escritura como sistema que se vuelve exterior al ser; las palabras se separan del ser humano y del mundo de las cosas. Los signos ocultan la mano que los inscribe y se apropian de la realidad.

“De los antiguos pueblos sagrados ya nada quedaba que no fueran restos esparcidos. Cuzco, Cajamarca, Tenochtitlán, Pachacamac, Chichen, Itza. ¿Qué eran ahora?: sólo materia de sueño, rima para la elegía de los poetas de la decadencia” (*Daimón*, p. 119)

La voz del cronista registra la geografía de la destrucción; la enumeración de las ciudades destruidas introduce un elemento de otro orden: la figura del dios Pachacámac, palabra profunda, prohibida por el vencedor. En *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, señala Eduardo Subirats¹⁴, la figura de Viracocha es reemplazada por la de Pachacámac, principio sustentador del Universo. El significado de la novela está indisolublemente ligado al carácter cósmico de la destrucción de las culturas andinas. La violencia conquistadora significó la muerte del sol y la luna; fueron desterrados los dioses conservadores de la creación, los que conocían el pasado y el futuro. Sobre el cosmos americano destruido, el orden colonizador constituye un nuevo sujeto. El indio es la nada. Su existencia, su comunidad y sus dioses son vaciados de sentido.

El Paraíso y la caída están asociados en la tradición cristiana. La destrucción del paraíso en el Nuevo Mundo no se cumple solamente como legitimación efectiva de un

¹³Eduardo Subirats, *El continente vacío*, Barcelona: Anaya y Mario Muchnik, 1994, p. 280.

¹⁴Op. cit., p. 378.

sistema de explotación destructiva, sino como aniquilación de idolatrías, persecución de mitos, extirpación de experiencias y de conocimientos. La Conquista significa la devastación de un orden del mundo que a partir del momento de la invasión será vivido como un caos. Se clausura la posibilidad de ver al “otro”, que, ante la invasión se recluye en el silencio. Cuando lo real se vuelve amenazante, la existencia individual abandona su experiencia. Los indios no hablan en la novela de Posse, sólo miran al invasor penetrar y apropiarse de su territorialidad. Amordazados por la angustia, clausuran su visión y su contacto con la amenazante realidad exterior.

“Eran incapaces de paz, de tolerancia. ¿Por qué? Alguien alguna vez en sus tierras de constructividad y de desdicha, les había dicho que no era posible ser sin hacer: y que no habíamos nacido para estar sino para hacernos el ser esta barbaridad, o filosofía cuyos sombríos detalles los jefes indios no podían todavía comprender, se ponía de manifiesto en cada acto de los invasores” (*Daimón*, p. 29)

El pasado queda destruido. El personaje de Guamán, el amauta, es el encargado de la traducción en la novela; balbucea una serie de estrategias contradictorias en busca de una amenazadora supervivencia. El cronista rescribe el elemento arcaico de la catástrofe, la profecía negativa de un derrumbamiento cósmico; el mundo míticamente invertido como consecuencia de la invasión española.

A lo largo del relato, el personaje de Guamán es el ayudante del héroe en su aventura por el mundo inferior. Hay en la novela una reconstrucción del personaje de Guamán Poma de Ayala, indio Wuarochi, autor de la *Nueva Crónica del Buen Gobierno*. En cada una de las actividades descritas, el cronista se coloca a sí mismo dentro del sistema colonial.

Guamán Poma mantiene una actitud crítica frente a la sociedad; permanentemente denunció las lacras de la sociedad colonial: el soborno, el cohecho, el abuso. Su escritura es heredera de los reclamos iniciados por Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, en la controversia con el erudito Juan Ginés de Sepúlveda acerca de la igualdad o desigualdad de indios y españoles, iniciada en Valladolid en 1550¹⁵. Durante su vida debió transitar los momentos de las guerras civiles entre los españoles en los Andes, especialmente la de Gonzalo Pizarro con la Corona.

Después de aquellos tiempos conflictivos, Guamán Poma atravesó, como sus contemporáneos, la crisis demográfica del siglo XVI en los Andes, de la cual dará cuenta en graves frases. Fue escribano y vivió posiblemente en su condición de tal, momentos difíciles durante la campaña de extirpación de idolatrías motivadas por el movimiento del Taqui Onkoy, después de la década de 1560; en esta última ocasión, Guamán Poma parece haberse desempeñado como auxiliar e intérprete del clérigo Cristóbal de Albornoz, encargado de la represión de dicho movimiento andino¹⁶.

Posse revisa su condición de poblador andino, bilingüe y ladino, y lo construye como un sujeto que resiste la asimilación política y doctrinaria del poder español. Sus discursos son fragmentarios y contradictorios; asume como propio, al mismo tiempo que discute el sistema simbólico del enemigo. Su voz se acerca al enunciado del autor; es una voz que contradice y discute la de Lope. El escritor es el intérprete de los hechos que busca algunas claves para rescribir la sublevación de Lope de Aguirre.

¹⁵Ver Todorov, op. cit., p. 157-181.

¹⁶Ver Franklin Pease, “Prólogo” a Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 1993.

“Huamán trató de hacerle comprender que la sangre del Rey, del Inca, era sagrada y que el heredero no podía ser concebido fuera del círculo exclusivo de la sangre sagrada, en la más absoluta endogamia” (*Daimón*, p. 54)

El cronista de la historia, habla desde la voz silenciosa. En su texto, los andinos, sufridos, degradados y deshumanizados, son retratados sin voz y sin esperanza. Aguirre cita su pasado en cada uno de los momentos de su nueva peregrinación por el territorio americano. Vuelve una y otra vez sobre el tiempo de su vida y cita lo que la historia dice de él.

“Dicen, Señor, que os descuartizaron y que muchos de nosotros fuimos muertos de tu mano, como es verdad. Dicen lo que sabemos, pero no que seguimos...” “parece que han escrito tu historia. Te han hecho vivir, matar, morir en los libros...”. Informó Ayala: “Que estuviste de parte del demonio, más bien.” (*Daimón*, p. 97)

El Emperador en harapos y su banda de rebeldes siente el clima de desilusión al contemplar, en el siglo XVIII, la Ciudad de Cartagena de Indias. En este espacio geográfico el texto se fractura. Los marañones descubren el poderío mercantil y financiero de los imperialismos modernos. No se habla del oro por el que murieron, sino de bolsa, de letras, de giros bancarios. El oro que ellos buscaban está, pero nadie lo encontró. Hay un clima de desilusión; los conquistadores han fracasado en su empresa americana. El lugar de los vencedores ha sido ocupado por “los putillos administrativos”¹⁷.

“En Cartagena quedó en claro que el mundo de los marañones había sido apartado de un empujón por el progreso de los tiempos. Había un abatimiento general. Los oficiales y hombres de tropa comprendieron que, brutos y guerreros como eran, ya no tenían cabida entre modales finos y casas de cortinado versallesco. (...) Nada del hombre, de la hombridad, del conquistador. Eso eran cosas del pasado: con el tiempo todos habían terminado por ponerse franceses. Bigotes donjuanescos enrollados con aceite; seda fina; pulsos de escribano” (*Daimón*, p. 106)

Cartagena es la modernidad; el mundo de los marañones ha sido borrado. El siglo XIX muestra al peregrino la república civilizada de la independencia. El penúltimo capítulo de la novela está asociado a la figura XII del Tarot, “El Colgado”, la cual representa la condición de los vencidos convocados a un congreso en Cahchapoyas. Aguirre es invitado porque, según dice el texto, “ya no se lo tenía por Ibérico, o su hispanidad quedaba ya asimilada en la desgracia”¹⁸.

Al congreso del 27 de octubre en el tawantisuyu acuden delegaciones de los distintos pueblos indígenas, la carroza de Quiroga llena de cadáveres, Martín Fierro y el gaucho Cruz, Agapito Robles, los personajes de Arlt, el último Mohicano. También participan los árboles, los pájaros y las plantas americanas. Arturo Cova y José María Arguedas hacen apariciones fugaces. Los congresistas rinden homenaje a Caupolicán y a Tabaré; elogian a Haya de la Torre, citan a Scalabrini Ortiz y recuerdan a Lisandro de la Torre; un grupo de araucanos canta la marcha “Los muchachos peronistas”. En esta marcha carnavalesca se inaugura la literatura y la política latinoamericana.

“Las sesiones de autocrítica fueron despiadadas. Tal vez los más implacables fueron los del Incario. “¡Cojudos! ¡Dormidos! ¡91 millones vendidos así como así! Y después pero

¹⁷Posse, *op. cit.*, p. 106.

¹⁸Posse, *op. cit.*, p. 231.

que peor. Marginales, al margen de todo. ¡Habría que haber sabido moverse en la desgracia! ¡Haber sido marxistas, por ejemplo, cosa de haberlos jodido con su propia filosofía! Pero nada (...). Era la retórica de la ruina. Una mañana, muy temprano, Aguirre fue a despertar a Nicéforo que estaba hechado bajo un ceibo y le dijo: ¡vamos! ¡Prepara todo que se parte! Aquí no queda nada por hacer. ¡Que se queden los antropólogos y los muertos!” (*Daimón*, pp. 238-239)

En la etapa final se reinicia la acción. El último capítulo “El Sol, Arcano XIX”, representa en el Tarot el comienzo de la liberación para el cuerpo de Lope de Aguirre pero no para el espacio americano.

“¡La república liberal y su destino civilizador!: las capitales habían crecido prodigiosamente en esos años. Eran faros de alegría a lo largo de las costas (...) Cruzaban el desierto maravillosos ferrocarriles ingleses con su *boiserie* de aroma profundo y los cristales biselados de las ventanillas donde reventaban millares de desprevenidos y jugosos insectos locales” (*Daimón*, p. 241)

Es el tiempo de las dictaduras militares y de mística revolucionaria en el Cono Sur latinoamericano. Se genera una mística revolucionaria. Aguirre, sobrevive a la tortura, “que el avesado Sepúlveda conocía al dedillo”¹⁹. Después de manifestarse contra el general Carrión, decide unirse a los grupos revolucionarios, aunque piensa conspirar contra Diego Torres. Se propone emprender una “jornada grande”, pero ya no fuera, sino dentro de la historia, porque reconoce que no hay otro campo para sus acciones.

El ciclo de la aventura se cierra y Lope regresa al tiempo histórico con los dones obtenidos en la travesía: la paz del cuerpo redimido. El peregrino regresa al Cuzco, axismundi del imperio incaico y muere antes de la partida, atragantado con el huesito de la suerte de un pato. El último episodio de su historia constituye la última inversión de su caminar, su muerte ridícula se lee como una burla carnavalesca de la muerte de los héroes.

El texto sugiere que Aguirre ha agotado sus posibilidades como personaje de la historia americana. Esta vez no resucitará aunque el “furioso daimón” tal vez sobreviva y sea propagado por la Morita, su amante, entre los revolucionarios. Es interesante contrastar la percepción del germen liberador de la figura del personaje que insinúa la novela, con la visión de la rebelión de Lope de Aguirre, ideológicamente reaccionaria, presentada por Beatriz Pastor. Para la autora, “la rebelión reivindica los valores idealizados de una época anterior”. No hay en este movimiento ningún elemento que indique una mirada hacia el futuro; sólo se trata de un intento anacrónico de restauración del pasado medieval.

En la novela, la violencia expresa la imposibilidad de la palabra y de cualquier lealtad; todas las relaciones humanas aparecen alienadas y corrompidas. Posse utiliza la parodia e introduce en la palabra una orientación de sentido totalmente opuesta a la palabra del héroe. Lope se transforma en la parodia del héroe física y moralmente sano. En su segunda muerte, el cuerpo del personaje queda reducido a unos cuantos despojos.

La novela se convierte en un espacio de lucha entre dos voces que aparecen aisladas, divididas por la distancia y contrapuestas con hostilidad. La rebelión de Lope de Aguirre no tiene que ver con la libertad de América, sino con un pacto demoníaco

¹⁹Posse, *op. cit.*, p. 256.

de un cristiano viejo. América no puede purgar, en su figura, el pasado de sangre de sus orígenes.

Como lo define Carmen Perilli²⁰, “Aguirre ha sido demonizado por el discurso oficial. Es el traidor por oposición al héroe cuyo modelo es Hernán Cortés”. Posse continúa con la tradición demoníaca reivindicada por la historia oficial. La polémica interna de la novela se oculta entre el germen revolucionario de Lope de Aguirre y la tradición que lo reivindica.

La historia no sigue la linealidad de la biografía; los arcanos no están completos en la novela y los ciclos se alteran desde el comienzo. En *Daimón*, articular históricamente lo pasado no significa conocer los hechos como fueron sino adueñarse de una imagen de la muerte y reiniciar una travesía en el instante del peligro. El autor invierte la idea occidental de civilización y barbarie. Ante la escritura de la acción de los bárbaros conquistadores, Posse opone la voz del poeta náhuatl Nezahualcoyotl. En el texto, el relato fundante de la violencia americana, es el episodio de Cajamarca, la tragedia de Atahualpa y los ríos de sangre inca derramada.

El progreso engendra la barbarie de la enajenación. El cronista de esta historia general de los pueblos americanos explica todo el discurso del colonizador, no desde el cristianismo explicitado por los conquistadores, sino desde los designios de “lo oculto” implícitos en su voluntad destructiva.

En *Daimón*, se cita para subvertir, la civilización de la ciudad liberal y modernizada esconde la barbarie, la fragmentación, la desaparición de un orden y la culpa de la destrucción. El español irrumpe en América e instaura una historia de sangre. Posse, en la reescritura de la conquista del continente, devela lo demoníaco de la empresa de la conversión y desenmascara la violencia instaurada por la lógica de la colonización de los usurpadores.

²⁰ *Historiografía y ficción, en la narrativa hispanoamericana*, Tucumán: Humanitas, 1995, p. 117.